

CALABAZAS

en el trastero



Casas embrujadas

CALABAZAS EN EL TRASTERO: CASAS EMBRUJADAS

Primera edición digital: marzo 2020

ISBN: 978-2-490290-29-1

Autores: Jose Alberto Arias, Ricardo Cortés Pape, Andrés Díaz Sánchez, Daniel Garrido Castro, Erica Gómez Gris, Salomé Guadalupe Ingelmo, Iván Humanes, Javier Lacomba Tamarit, Sergio Moreno, L.G. Morgan, Lisardo Suárez, Víctor Villanueva Garrido y Javier Vivancos

Ilustración de portada: Verónica Leonetti (lamuertedelespejo.blogspot.es)

Prólogo: Víctor Selles

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CALABAZAS



en el trastero



Casas embrujadas

Prólogo

Quizá hayas tenido la fortuna o la desgracia de vivir en lugares embrujados.

Entonces sabrás que, a primera vista, no hay nada que los diferencie de cualquier otro sitio. La fachada del edificio es similar a la de los demás, el precio del alquiler no varía. Lo que pasa es que un día has descubierto algo sobre su pasado. Y, de pronto, han empezado a preocuparte los ruidos extraños, los crujidos de las tablas de madera del ático, los cuchillos que desaparecen en la cocina, las casualidades inexplicables. El conocimiento de un hecho luctuoso ha alterado la percepción del espacio de forma irremediable y ya no hay vuelta atrás.

Esa obsesión puede a veces convertirse en una creencia casi animista. Le atribuimos una inteligencia. Es entonces cuando la casa empieza a suspirar y los cortes de electricidad se convierten en avisos funestos. Tal vez en este proceso de interpretación fabricamos nuestros fantasmas.

En cierto sentido, es magia. Y funciona.

Al fin y al cabo, ningún lugar puede existir sin nosotros, pues lo que conocemos como un «lugar» siempre es algo más que el espacio físico que ocupa; su acotación acarrea necesariamente un proceso paralelo de interpretación mediante el cual también adquiere un significado. Así, hemos ido estableciendo distinciones entre espacios públicos y privados, familiares y desconocidos, urbanos y rurales, de culto y de recreo, propios y ajenos.

Sin embargo, el significado de un lugar no es algo fijo; es mutable, puede transformarse con facilidad. Los espacios se re-imaginan constantemente. A veces es por un proyecto urbanístico, o porque se convierten en seña de identidad de un grupo social. En ocasiones ocurre a través de un proceso de regeneración, de depauperación o de gentrificación.

Otras por una experiencia traumática. En esos casos se genera una mancha en la conciencia colectiva que resulta difícil de borrar. Lo intentamos con toda clase de exorcismos, pero ya no tiene solución. La

mácula está ahí, en los campos de batalla y en los de exterminio, en los cementerios y, por supuesto, en la escena de un crimen.

La casa, el hogar, no escapa de este juego de definiciones y redefiniciones. Una casa es bastante más que hormigón y ladrillos, cuatro paredes, un techo y una puerta que se cierra con doble vuelta de llave. La casa es la cueva, es el útero, un espacio seguro. En el mundo antiguo, los *lares loci* y las cabezas de Gorgona sobre los vanos de las puertas sancionaban esta función profiláctica. Dentro de la teoría jungiana del inconsciente colectivo, la casa puede considerarse una manifestación del «yo». La casa somos nosotros. Cuando queremos cambiar por dentro, redecoramos.

Por el contrario, la narrativa suele llevarnos con mucha más frecuencia por el camino inverso: en la versión clásica de estas historias, son los fenómenos extraños los que fuerzan a los inquilinos a iniciar una investigación, que acaba revelando la existencia del típico cementerio indio, o un suicidio en extrañas circunstancias, o un asesinato múltiple. De esta forma se nos ofrece una justificación para el fenómeno, además de una garantía de verosimilitud.

¿Somos entonces nosotros los que embrujamos un lugar proyectando sobre él nuestros temores? ¿O acaso algunos lugares conservan los recuerdos de antiguas experiencias traumáticas? ¿Es el poltergeist la manifestación física de la ansiedad de un miembro de la familia o es consecuencia de la actuación de un agente desconocido?

Sea cual sea la respuesta a estas preguntas, cualquiera de las posibilidades resulta fascinante.

De Poe a Danielewski, de la casa Usher a la casa de hojas, las historias sobre casas encantadas ocupan un espacio privilegiado dentro de la literatura de terror. Los trece relatos que se recopilan en este volumen forman parte de esta honrosa tradición. También ellos son pequeños actos mágicos en sí mismos, artefactos de alteración de la percepción del lector. Son trece ventanas a la incertidumbre.

Y quién sabe: cuando acabes de leer, quizá tu casa se haya transformado en otra cosa.

Víctor Selles
East Yorkshire, junio de 2016

Casa ocupada

Por Javier Vivancos

No podía creerlo. La llave no abría. El comercial lo intentó de nuevo pegándose más a la puerta, en una posición no muy distinta a cuando te echas hacia delante en el urinario para que los de al lado no puedan vértela. Giró la llave en diferentes posiciones procurando que no se le notase cuánto le sudaban las manos, por si aún podía arreglarlo, por si solo se trataba de un pestillo oxidado. Notó cómo le empezaban a hervir las orejas al escuchar al cliente a su espalda:

–Hay algún problema. –No era una pregunta.

El comercial giró la llave y dio un último tirón hacia arriba, como si se subiese la cremallera.

–Creo... Creo que la casa está ocupada.

–Debe-usted-estar-de-broma.

–Me temo que no. No sirve –hizo tintinear el llavero acusatoriamente.

–Ahí hay más de una llave, no me creo que las haya probado todas.

–Las demás son del trastero, de la terraza, y la del zaguán...

–¿La del zaguán que no consiguió abrir ayer? Alguien podría pensar que su inmobiliaria tiene un problema con las llaves.

–Lo de ayer fue distinto, la copia estaba mal o quizá... –Recordó la sensación esponjosa, casi orgánica, al introducir la llave en la cerradura de acceso al zaguán.

La luz del rellano se apagó.

Encontró el interruptor de un manotazo y el cliente reapareció frente a sí más próximo de lo que estaba antes.

–O quizá alguien no está haciendo bien su trabajo, ¿no le parece?

–¿Cómo?

–Digo que tal vez el problema esté en la copia, una vez más. Suponiendo que no se trate de un *fallo humano*.

–¿Quiere probar usted? –El comercial estiró su sonrisa hasta que le dolieron las comisuras.

Mientras sonreía así, evitaba seguir replicando y perder el control sobre su tono de voz. La inmobiliaria del banco tenía un protocolo muy estricto para todo: para la programación telemática de las visitas, para la recogida y devolución de las llaves, para la grabación de la oferta de compra; pero sobre todo para el adecuado trato con los interesados en los inmuebles. Y ahora mismo el comercial estaba cruzando esa peligrosa línea en la que la tensión se adivinaba entre sus dientes perfectos.

—Ese no es mi trabajo, sino el suyo y el de su inmobiliaria, que por lo visto no está muy interesada en vender. Usted me asegura que la casa está ocupada y yo le pregunto que cómo lo sabe.

—¿No lo ha oído?

—El qué, por el amor de Dios.

—El llanto de un bebé y... no sé, otros sonidos. Verá, es habitual: los ocupas fuerzan la puerta y cambian el bombín. ¿Se ha fijado en estas muescas de aquí?

El cliente ni se dignó a mirar. En su lugar, siguió atacando:

—¿Lo ha comprobado? Y en tal caso, ¿por qué no venía especificado en el anuncio que la vivienda está ocupada? ¿Qué más sorpresas están ocultando?

—Oiga, es que no funciona así, normalmente...

—Pero ¿lo ha comprobado? No lo ha comprobado, ¿verdad que no?

—Le digo que la llave...

Se apagó la luz. Cada vez que eso pasaba, el oxígeno también desaparecía, absorbido por algún vacío oscuro. Al golpear el interruptor con un espasmo más que con un movimiento consciente, el cliente le estaba esperando:

—¡Ni siquiera lo ha comprobado! ¿No es increíble? ¿Tiene idea de cuántos kilómetros he hecho para mirar cómo no sabe abrir una puerta por segunda vez? ¿No le parece que eso no es muy profesional?

De un momento a otro la cuerda demasiado tensa que mantenía estiradas sus comisuras se partiría y su sonrisa saldría disparada en todas direcciones. El comercial se tragó una réplica que podría costarle el puesto de trabajo y se dio media vuelta con un regusto amargo en la garganta. El timbre no sonaba.

—No funciona.

–Si hay ocupas, como usted asegura *sin haberlo comprobado*, es probable que no tengan suministro eléctrico. ¿Por qué no pega la oreja a la puerta? ¿No ha dicho que ha oído algo? ¿Le importaría... asegurarse?

Iba a decir «Le importaría hacer bien su trabajo», pensó el comercial, *iba a decirlo*.

Acercó la oreja pensando que lo próximo sería bajarse los pantalones. Y si la retiró de inmediato fue porque era una pérdida de tiempo, y no por el sonido viscoso en las entrañas de la madera. No podía ser que la puerta estuviese rellena de lombrices en movimiento.

–Hay... gente dentro.

Sostener la mirada al cliente le provocó una insoportable presión en los globos oculares y que las articulaciones del cuello reprodujeran un asentimiento involuntario antes incluso de que aquel replicase:

–¿Ocupada, eh? –sus labios se estrecharon como si acabara de escupir.

El rellano, para haber solo dos viviendas por planta, era amplio, pero el comercial se sentía acorralado, tentado de arrojarle por las escaleras. En lugar de eso, se desplazó lateralmente hasta la puerta del vecino y tocó el timbre.

–¿Qué hace ahora? –resopló el cliente.

–*Comprobando...* –La sonrisa le tembló en el rostro. Se tragó el resto de la frase por miedo a que el sarcasmo fuera aún más evidente.

Este timbre sí funcionaba, pero no contestaba nadie. A veces se grababa mal la dirección en el centro de llaves y la vivienda del banco estaba en otra planta o en la puerta de enfrente. Pero no iba a revelarle eso al cliente, y mucho menos iba a permitirle que le sugiriera probar la llave en esta otra puerta. La última vez que hizo algo así salió la dueña gritándole que lo iba a denunciar.

–Los vecinos tampoco contestan. Ellos podrían confirmarnos cuánto tiempo llevan los ocupas ahí dentro, pero... no contestan –se sintió estúpido al repetirlo.

–Ayer tampoco contestó nadie para abrirle la puerta del zaguán. Es como si no viviera nadie, y me aseguraron que había una comunidad de propietarios constituida. ¿Se trata de otro error? ¿O tal vez de un nuevo *fallo humano*? Dígamelo, quiero saberlo.

–Lo lamento.

De camino a la calle, el comercial repitió el mismo mantra cada vez que el cliente le reprochaba su incompetencia o amenazaba con poner una

queja: «Lo lamento, lo lamento de veras». Si trataba de decir cualquier otra cosa, no quedaría nada reconocible del jodido protocolo.

No tenía más visitas programadas, ese cliente era de los que solo podían quedar a última hora de la tarde, así que lo tercero que hizo al llegar a casa, después de mear y de arrojar los zapatos por el aire, fue tirarse en el sofá con su portátil y acceder a la plataforma comercial para dar por cerrado el día.

En su agenda personal, la de mano, tenía muy clara la categoría en la que pondría al cliente, pero en la plataforma había que respetar el protocolo y solo podía calificarlo como «interesado», «indeciso» o «no interesado», y no como *tocapelotas*. De todas formas, en defensa del *tocapelotas* había que decir que se había comido con patatas un montón de kilómetros para nada, dos veces además. Su enfado estaba más que justificado.

Pero también era de esos que armaban tanto jaleo con sus quejas que, si no te mordías la lengua y procurabas no cagarla, el asunto podía llegar a oídos de la dirección y caerte a continuación un buen paquete. Así que, a pesar de haberse puesto cómodo, no se le aligeraban los nervios que le presionaban el pecho. Ni siquiera tenía ganas de calentar uno de sus platos precocinados, se le había cerrado el estómago como la maldita puerta de la casa supuestamente ocupada. Necesitaba poner cuanto antes la incidencia de comprobación de ocupas para que acudiese el industrial y se cerciorase de si alguien había cambiado el bombín. Rezó para que así fuese: no quería volver a quedar como un imbécil.

Si se ponía la alarma cada noche era para suplir la ausencia de una pareja al otro lado de la cama. Siempre se decía que no tenía tiempo ni para cuidar un pez, aunque la cruda verdad era que no sabría *seguir el protocolo* con una mujer más allá de tomarse unas copas y acostarse con ella. Así que para cuando sonó el despertador llevaba ya rato despierto y, al escuchar la melodía de aviso de la plataforma comercial, saltó directo hacia el portátil sin prepararse primero el café.

—¿Están de coña? —dijo al ampliar la ventana del panel de «Mis incidencias».

(09/02/2016 - 8:13) - Se activa el protocolo de comprobación de ocupas.

(09/02/2016 - 8:36) - Gestionando orden de trabajo.

(09/02/2016 - 9:11) - Industrial visita el inmueble.

(09/02/2016 - 9:13) - Cierre de orden de trabajo.

(09/02/2016 - 9:15) - ANOTACIÓN DEL INDUSTRIAL: «Vivienda no ocupada. Llaves correctas. Sugerencia: dejar la puerta entornada para que pase el comercial».

Releyó la última anotación por si las legañas le estaban jugando una mala pasada. No podían haber escrito algo tan fuera del protocolo, no podían estar burlándose de él de esa manera. Quizás había algún problema con la puerta, pero tampoco tenía sentido que sugiriesen dejarla abierta. Leyó una y otra vez la última línea hasta que dejó de tener significado. Los números con las horas de las gestiones también carecían de sentido. No podían haber procesado la incidencia tan rápido. Normalmente tardaban días en gestionarlas. Claro que solo habían ido a comprobar la cerradura (y de paso dejarlo a él en evidencia).

La llamada hizo que casi se le cayese el portátil de entre las piernas. Trastabilló hasta la estantería y, en cuanto cogió el móvil, la visión del número del *call center* de la inmobiliaria hizo que se sintiera suciamente vigilado.

—¿Sí, diga?

En cuanto la teleoperadora encadenó las primeras frases de su ritual de contacto telefónico, el comercial pensó que no debía haber contestado, que aún no había comenzado su jornada. Sin embargo, carraspeó y, apenas tuvo la oportunidad, dijo:

—... Sí, me dieron una segunda copia, y aunque accedimos al portal, la puerta...

—Estamos al corriente de tu problema con las llaves. El industrial ha ido esta mañana, ¿lo has leído, verdad?

—Claro. —*Aunque no tenía por qué*, pensó.

—Estupendo. Entonces habrás leído la anotación, ¿no es así?

—¿Anotación? Pues... —no sabía qué decir que no sonara como si se pusiera a la defensiva—. ¿Te refieres a...?

—«Vivienda no ocupada. Llaves correctas»... —Dejó la frase en suspensión y el comercial creyó escuchar una risita de fondo.

—Ah...

—Te ha llamado el cliente —la voz cantarina se volvió severa de pronto.

—¿A... mí?

—No, quería decir al *call center* —otra vez la risita; a lo mejor era alguna compañera, no ella—. Quiere volver a visitar el inmueble. ¿Podrías llamarlo e ir esta tarde, verdad?

—De acuerdo, ahora lo llamo —dijo sin pensar en su agenda ni en el protocolo.

Antes de su frase de despedida memorizada, la operadora añadió:

—Por cierto, también ha llamado la vecina de al lado. Dice que nuestro cartel está suelto y que con el viento golpea y molesta por las noches. ¿Podrías *comprobarlo*?

El comercial contó hasta tres antes de responder.

—¿De eso no se encarga el industrial? ¿No es ese el protocolo?

—Sí, eso es cierto en teoría, pero la nueva directiva nos pide que no seamos tan rígidos y sí más resolutivos cuando surge una incidencia de este tipo. ¿Podrás comprobarlo, verdad?

¿*Acaso puedo negarme?*, pensó con el fatídico presentimiento de que la incidencia por ocupas, pese a estar cerrada, no había concluido, ni mucho menos.

Como no confiaba en que su tercera visita al inmueble fuese distinta a las anteriores, aprovechando que no había devuelto la copia de las llaves se acercó a la casa después de comer, ignorando los avisos de contacto de otros clientes que habían estado zumbando en su teléfono durante toda la mañana. Si quería quedar con el tocapelotas a última hora de la tarde, tenía que asegurarse de que no hubiese más sorpresas.

Aparcó sobre la única acera del callejón y, cuando miró hacia lo alto en busca del cartel, un destello le produjo un aguijonazo en el cerebro, tal vez porque la incipiente puesta de sol se colaba entre las azoteas. No podía enfocar, y además la fachada se le antojaba demasiado inclinada y le dolía el cuello al tratar de contar los pisos.

Al volver la vista hacia el portal la sensación no fue más agradable. Como en la primera visita, percibió olor a podrido, supuso que de la alcantarilla cercana, y las sombras del portal supuraban tanta humedad que hasta el abrigo le pesaba más. Pasando ese detalle por alto, lo que más le inquietaba era la apariencia del edificio, de un estilo arquitectónico de los '90, probablemente, pero descarnado e indefinido, como si faltasen los remates y el enlucido estuviese a medias. No lo reconocería ante ningún cliente, pero juraría que al edificio se le transparentaban las venas.

La primera vez, cuando trató de abrir la puerta del zaguán, lo que pensó fue que el edificio estaba sellado, que había silicona en la cerradura porque no era habitable. Ahora, al introducir la llave volvió a notar algo viscoso que le obligó a penetrar en las profundidades de la cerradura hasta que el portón se apartó como un animal grande y torpe al que se le hubiese molestado.

En el anuncio decían que había ascensor en la finca, pero él le había confirmado al cliente que se trataba de otro error. No era que el comercial no pudiese encontrarlo, que se sintiese desorientado en ese zaguán alargado y sombrío. Al escuchar la voz del cliente en su cabeza («¿Lo ha comprobado?»), se autoconvenció al recordar que en los rellanos no había hueco para un ascensor. Casi seguro que no. Tampoco lo comprobó mientras subía por las escaleras.

Cuando creyó haber llegado a su destino, regresó a la escalera al darse cuenta de que aún faltaba una planta. Por supuesto que se acordaba de que era el tercero, y aunque podría jurar que había subido ya tres pisos, se dijo que iba un poco distraído, nada más.

Se sintió tonto al revisar todas las llaves, aunque del manajo solo había una que encajase en la cerradura. La puso del derecho y del revés, la sujetó con pulso tembloroso y...

La puerta estaba entreabierta.

—No puede ser.

«Sugerencia: dejar la puerta entornada para que pase el comercial».

La empujó con la punta del zapato, con aprensión. El sonido viscoso debía de proceder de las bisagras, no de la jamba, no se estaba despegando ninguna sustancia orgánica. Aunque ahora sabía de dónde procedía la peste.

No era pintura verde, tampoco un anticuado empapelado. La capa de moho reptaba por techos y paredes hacia el salón. Del dintel colgaban filamentos que podían ser tiras de pintura desprendida o vello del propio moho. La humedad resultaba opresiva, pesaba al respirar como si invisibles manos tirasen de su chaqueta. Y en el salón el panorama era aún peor. Se cubrió la nariz y tosió. El hongo había homogeneizado la decoración con sus charcos de aspecto corrosivo.

Llamó por teléfono con inconfesable deleite al imaginar la cara que pondría el cliente cuando descubriera que la vivienda tenía un serio

problema de humedades. Por supuesto, no pensaba revelárselo hasta que no se hubiese desplazado por tercera ocasión consecutiva.

No daba tono. En su lugar, un soplido, como al ponerte una caracola en la oreja. Apartó el teléfono un poco, por temor a detectar algo vagamente viscoso en las profundidades de ese sonido.

—Es usted.

La voz del cliente le sorprendió. Enseguida se acercó el aparato de nuevo.

—Sí, hola, buenas tardes. Soy yo, efectivamente, ¿qué tal? —Al no recibir respuesta, el comercial prosiguió—: Estoy en la casa ahora mismo, *era cosa de las llaves*, ¿sabe? —puntualizó—, pero ya estoy dentro, no hay ocupas. Me preguntaba si le vendría bien quedar ahora o quizá dentro de unas h...

—¿Lo ha comprobado?

—¿Cómo dice?

El altavoz crepitó. No se entendía lo que decía el cliente, era como si estuviese masticando huesos al otro lado. No cualquier otra cosa. Huesos.

La llamada se cortó con un pitido enlentecido (y diría que viscoso). El comercial dio un respingo cuando vio por el rabillo del ojo que algo, en el pasillo, pasaba por delante de la puerta del salón.

No podía moverse de lo fuerte que le latía el corazón. Dolía. Entonces se tranquilizó pensando que debía de tratarse de algún tipo de sombra proveniente del balcón, un rayo de sol que se había escapado un segundo de entre las nubes y había proyectado la silueta de una farola. Por otra parte, a lo mejor se había colado alguien, porque se había dejado entornada la puerta de entrada. *Sugerencia para el industrial: «Cómeme el ra...».*

Eso no era un llanto, de ninguna manera. Se parecía más al maullido de un gato moribundo encerrado en un armario.

El comercial se lanzó al pasillo y ahí acabó su arranque de valentía. Estaba más cerca de retroceder hasta la entrada que de adentrarse en la penumbra. Las molduras enmohecidas habían perdido su forma acabada en punta y el techo recordaba a un túnel redondeado que se abría a diferentes cuevas tenuemente iluminadas. No estaba seguro de perseguir a un animal, ni de estar persiguiendo a nada, de hecho. Ojalá fuese así.

—¿Hay alguien? —dijo en voz queda. Había tomado aire, pero su aliento caía bajo el peso de la humedad.

El teléfono se le resbalaba, no solo por el sudor. Se aproximó despacio al primer cruce. *¿Lo ha comprobado?*, repetía la irritante voz en su cabeza.

Había una habitación a cada lado, no sabía a cuál asomarse primero sin darle la espalda a la otra. Entonces algo produjo un *cloc* sordo, un ruido demasiado ambiguo y desubicado que no le servía de excusa para salir por patas de la casa. *Si se trata de ocupas, son muy tímidos*, se dijo para darse ánimos con un poco de humor. Accionó el interruptor de la luz del pasillo, solo para *comprobarlo*.

No fue lo bastante rápido para volverse cuando aquella cosa se deslizó a su espalda. Vio el reflejo en el cristal de la ventana de la otra habitación, y cuando se dio la vuelta para encarar la cocina, era demasiado tarde. No podía ser real, no solo porque aquello tuviese el tamaño de un niño, sino porque lo que había creído ver no tenía cabeza, no podía tenerla por ningún lado. Observó, aturdido, la estela de moho en el suelo, como un rastro de sangre verde y pilosa.

–Hostia puta...

Lo dijo al mismo tiempo que corría. La puerta de uno de los armarios bajo el fregadero acababa de temblar desde dentro.

Apenas podía ir recto, el pasillo se había estrechado tanto ante sus ojos que temía rozar el moho. Con el teléfono en alto delante de sí, accedió a la plataforma comercial con la sensación de que sus dedos se hundían en la pantalla táctil. *¿Lo ha comprobado, lo ha comprobado, lo ha comprobado...?*

Se detuvo en la entrada del salón, no atinaba con la pantalla de lo nervioso que estaba. Por fin, reabrió la incidencia 86667 sin reparar en lo peculiar del número.

–¡No, no lo he comprobado, joder! –presionó la pantalla con fiereza, el aparato no respondía a la primera. No eran sus manos las que sudaban, sino el teléfono.

Incidencia 86667 reabierta. ASUNTO: Casa ocupada.

Contuvo la respiración para asegurarse de que no estaba escuchando cómo removían lombrices en algún tipo de recipiente de cocina. Y se quedó en blanco. No sabía cómo demonios justificar la reapertura de la incidencia. *Hay ocupas, los he visto en el armario del fregadero. LO HE COMPROBADO.*

La luz titiló y se sintió a oscuras un segundo, como si la que entraba de la calle se hubiese apagado también. Cuando la pantalla se encendió de nuevo, lo que estaba leyendo era tan irreal que, mientras se dirigía hacia la

entrada y trataba de descifrarlo, las líneas vibraron y se separaron en fragmentos de caracteres carentes de significado.

(09/02/2016 - 16:13) - Vivienda desocupada. Se activa protocolo de protección exprés.

(09/02/2016 - 16:13) - Gestionando proveedor.

(09/02/2016 - 16:13) - Vivienda tapiada.

(09/02/2016 - 16:14) - Cierre de orden de trabajo.

–Hay un..., se han... equivocado... –dijo por encontrarle sentido a algo que no lo tenía.

En algún momento, volvió a respirar para no desmayarse. Fue cuando alumbró con la pantalla del móvil el tabique donde debía estar la puerta de la casa, o quizá un poco después, al retirar los dedos del mortero aún fresco que rezumaba y se removía entre los ladrillos. No podía ser que hubiese un muro ahí delante. No podía ser que hubiese gusanos en lugar de cemento.

Dio media vuelta, pero se sentía como si hubiese girado tres veces sobre sí y fue dando tumbos hacia el salón. Al fondo del pasillo, algo en la cocina delataba su presencia, no por la sombra difuminada que cruzaba hasta la puerta de enfrente, sino por la forma en que contenía su resuello húmedo y hediondo. El comercial estaba seguro de ello, del mismo modo que ahora comprendía que los hongos del suelo se adherían a sus suelas para impedir que huyera hacia el balcón.

Le escocía respirar ese aire corrupto, le obstruía las fosas nasales como si el hongo se estuviese extendiendo por su interior. Necesitaba salir afuera cuanto antes, pero sus músculos apenas respondían. La fría humedad fluía por sus venas y le arrebatava todo calor y sensibilidad a sus extremidades. Arrastrando los pies y soltando por el camino un móvil ya demasiado viscoso como para soportarlo, deslizó a un lado la puerta de cristal y jadeó, agradecido por el aire seco de la calle.

Cuando recuperó un poco el aliento, se dio cuenta de que el balcón de la vecina se encontraba a un escaso metro de distancia. A su espalda, notaba la humedad al acecho, como un efluvio que emanaba del salón y culebreaba hacia el callejón. Sujetándose al tubo del gas, el comercial acometió la que sería la última locura de su vida. La pierna le temblaba demasiado como para afianzarse en la barandilla del balcón vecino, perdió pie y se balanceó de vuelta hacia el suyo. El cartel de «SE VENDE», suelto de un extremo, golpeó contra la base del balcón, como si aplaudiera el espectáculo. El comercial patinó sobre la barandilla y buscó a la

desesperada otro asidero más seguro que el tubo, pero constató demasiado tarde que los barrotes metálicos del balcón estaban recubiertos por una capa verde y resbaladiza.

Se precipitó al callejón un instante que duró demasiado, luego su realidad se sacudió con rudeza y se dio cuenta de que pendía del cartel medio descolgado. Las llaves de la vivienda se cayeron de su bolsillo y se perdieron tres, cuatro o cinco pisos más abajo (no sabía precisarlo) sin hacer ningún tipo de sonido, como si jamás hubiesen existido.

Y mientras la pieza de plástico a la que se aferraba iba rajando poco a poco la única esquina del cartel que aún no se había desprendido, uno de sus últimos y desesperados pensamientos fue que todo esto, verificar si la vivienda estaba ocupada, colgar bien el cartel y *comprobar* la cerradura, eran tareas del industrial y no de él; que no era su responsabilidad.

Que no formaba parte del protocolo.

Sobre el autor de «Casa ocupada»:

Javier Vivancos siempre mostró una singular pasión por las letras. De hecho, aprendió a escribir antes que la mayoría de los niños de su edad. El problema era que se empeñaba en grabar su esmerada caligrafía en su propia piel. Sin duda, su color de tinta preferido era el rojo.

No tuvo una infancia ni una adolescencia especialmente turbulentas. Le encantaba leer novelas de Stephen King y jamás descubrieron las pequeñas fosas excavadas en la parte posterior de su jardín.

Su paso por la universidad también fue anodino. Se licenció pronto y las amenazas de muerte a los profesores no llegaron a figurar en su expediente académico. Tampoco se hizo la foto de la orla. Y eso que muchos lo consideraban un joven atractivo.

Su primer gran empleo fue como redactor, un puesto de trabajo bastante cómodo que compaginó con su afición por la escritura. En todo este tiempo publicó tres novelas y participó en varias antologías. Asimismo, resultó ganador en diversos certámenes literarios. Al parecer, fueron buenos tiempos.

Vivancos permaneció en aquella oficina durante cinco años, hasta que sus compañeros decidieron organizar un «amigo invisible». De algún modo, logró que le saliera su propia papeleta y se regaló a sí mismo un

hacha. Se rumorea que después de aquello sus jefes tuvieron que contratar a varias empresas de limpieza. Y renovar la plantilla al completo.

Muchos de sus trabajos los escribió a mano (solía pagar a un tal Daniel Lonces para que se los pasara a máquina), pero en el psiquiátrico no consintieron que sacase más ojos con el bolígrafo. Así que Javier se vio obligado mecanografiar sus escritos. Y a utilizar ratones inalámbricos.

Sus detractores opinan que esta última etapa de su obra es sin duda la más floja de su carrera. Sin embargo, sus más acérrimos defensores aseguran que su dedicación a la novela rosa es solo algo temporal, que forma parte de su recuperación...

... Y que en cuanto le den el alta regresará con fuerza al género del terror.

Cláusula 21

Por Sergio Moreno

Estaba mirando su cara a través del cristal cuando Juanjo me puso la mano en el hombro. Apenas me giré. Supe que era él por el olor a tabaco que acompañó al movimiento. Se había pasado la mayor parte del velatorio en la calle, fumando para no tener que aguantar los lloros ni los pésames de las cincuenta o sesenta personas congregadas. Apeataba. Mi hermano y los cigarrillos eran indisolubles. A veces me imaginaba su aura del color de la nicotina, o un halo de humo sobre su cabeza. Yo y mis ideas absurdas.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

La luz de la sala y el olor a desinfectante parecían igual de muertos que el abuelo Isidro, apenas un rostro asomando con timidez entre la mortaja; tan artificial como la sonrisa que el embalsamador le había moldeado sin mucho acierto.

—Peor que tú, eso seguro.

No contestó. Dejó que su mano se escurriese despacio por mi hombro hasta abandonarlo. Agradecí su ausencia.

—Bueno, siempre fuiste su preferido. Yo apenas recuerdo otra cosa que sus azotes y sus broncas —dijo al final.

Giré la cabeza un poco y mi reflejo sobre el cristal se solapó con la cara del muerto, lo suficiente como para hacerme pensar en lo mucho que nos parecíamos. Si miraba las dos imágenes a la vez no me costaba imaginarme dentro de cuarenta o cincuenta años, y de pronto me sorprendí deseando estar fuera de ahí, alejarme de aquellas personas que no conocía y, sin embargo, se empeñaban en abrazarme como si fuese yo el que estuviese dentro del ataúd.

Me di la vuelta y miré a Juanjo. No había cambiado mucho en los dos años que llevaba sin verlo. Una cana aquí, un kilo allá. La misma mirada de superioridad en sus ojos. La misma pose de entereza impostada.

El mismo gilipollas dos años más viejo.

—Tampoco te molestaste en tratar de ser agradable con él —le contesté mientras me alejaba hacia la salida entre miradas y trajes oscuros—. Ni siquiera cuando cayó enfermo. Preguntaba por ti todos los días, ¿no te lo dijo mamá?

Me siguió hasta la puerta en silencio. Cuando salimos no tardó ni dos segundos en encenderse un pitillo.

—¿Podemos dejar los reproches para otro momento, Carlos? —El humo envolvió la frase antes de que la brisa lo arrastrara—. Me gustaría llevarme al menos un recuerdo agradable de mi hermano pequeño entre toda esta mierda cuando me vaya. ¿Te parece?

Observé los cipreses que rodeaban el tanatorio. El crepúsculo se enroscaba sobre sus copas. Aquí y allá se repartían grupos de gente fumando, charlando. Algunos reían. Es curioso cómo la risa ejerce de máscara ritual cuando es la muerte quien preside la ceremonia. Alegría para paliar la ausencia; medalla de consolación por seguir vivo. Asentí despacio. Tampoco tenía demasiado interés en acabar discutiendo. Llevaba cuatro días sin dormir.

—Muchas gracias, de verdad —dijo él.

Estuvimos un rato en silencio, él fumando y yo perdido en mis propios pensamientos. Dos desconocidos que compartían la misma sangre. Las nubes flotaban mansas sobre nosotros.

—Escucha, el miércoles he concertado una cita con el señor Castro —soltó de repente. Juanjo era una de esas personas incapaces de estar más de dos minutos calladas—. Me gustaría que me acompañaras. Me marcho el jueves por la mañana y había pensado que quizá te interesaría lo que tiene que contarnos.

Sopesé aquello. Julián Castro era el abogado del abuelo, un hombre a quien llevaba sin ver desde la última vez que había estado en su despacho, casi quince años atrás. No me gustó lo que insinuaban sus ojos mientras esperaba mi respuesta.

—¿Y qué se supone que tiene que contarnos?

—La razón de que antes de suicidarse los reuniese a él y a un notario para escribir una carta dirigida a nosotros.

—¿A nosotros? —Lo miré extrañado—. ¿Mamá sabe algo de esto?

—No. Cuando me llamó me dejó muy claro que el abuelo no quería que ella se enterara.

—¿Y por qué no me llamó a mí?

–Lo hizo, pero llevas cuatro días sin coger el teléfono, Carlos. Yo era su segunda opción.

Era cierto. Ni siquiera sabía dónde lo había dejado después de que mi madre me llamase para darme la noticia. Tampoco lo había echado de menos.

–Está bien. Mándame un mensaje con la dirección y la hora –le dije mientras me dirigía de nuevo al interior de la sala.

–Espera. –Sacó una tarjeta de un bolsillo de su americana y me la extendió–. Por si no encuentras el móvil.

La recogí sin leer lo que ponía y dejé a Juanjo envuelto en el humo de su cigarro, bajo aquel crepúsculo que servía de obertura a la noche. Cuando entré en la sala mi madre estaba esperando sentada en el pequeño sofá que había frente al cristal, su cara como una máscara en una tragedia griega. Me puse la mía y traté de sonreír mientras la abrazaba.

Sin dejar de mirar el rostro cerúleo de mi abuelo.

Sin poder olvidar que justo debajo, oculta por la mortaja, él mismo había dibujado otra sonrisa en su cuello usando una navaja de afeitar.

La reunión no duró más de una hora. Salimos del despacho sin saber cuál había sido el motivo de que hubiese decidido poner fin a su vida. Dos sobres, dos firmas, dos apretones de manos. Un adiós. El sonido de una puerta cerrándose a nuestra espalda.

Nos sentamos en una cafetería para mantener la última conversación antes de que Juanjo regresara a su casa con su mujer y sus dos hijos, a su perfecta vida lejos de la ciudad. Los sobres reposaban junto a un cortado y un americano, los sellos lacrados mirándonos con la cualidad de una maldición. El mío era bastante más grueso que el de mi hermano.

–¿No lo vas a abrir? –me preguntó.

Negué con la cabeza.

–Quizá otro día. No creo que le importe esperar.

La camarera nos trajo la cuenta y Juanjo alargó la mano hacia el plato. Le dejé pagar. Sabía que su conciencia no estaba tranquila, a pesar de todo.

–¿Cómo fue?

–Un enfermero olvidó la navaja con la que lo había afeitado sobre su mesilla.

–Joder. ¿Alguna vez le oísteis decir que quisiera...? Ya sabes...

—¿Suicidarse? No. Durante los últimos meses apenas hablaba. —Tomé un sorbo de café—. Mamá y yo estábamos un poco preocupados, pero nos pareció normal. El médico dijo que las depresiones eran muy habituales en casos como el suyo.

Juanjo encendió un cigarrillo y llenó sus pulmones con la misma sustancia que había devorado los del abuelo. Sonrió. Por alguna razón, verlo sonreír siempre me hacía pensar en caimanes.

—Creo que yo tampoco la voy a abrir, de momento.

—¿Vas a poder dormir sin saber si dentro del sobre te esperan un par de millones? No es propio de ti.

Su sonrisa se torció medio grado. Nunca había aguantado mi ironía. Dejó un billete de cinco en el plato y, mientras la camarera lo retiraba, se inclinó hacia mí.

—No me hace falta dinero, Carlos. Y mucho menos de un viejo que me abrazaba como si fuese un maniquí. —Se levantó de la silla y guardó el sobre en el interior de su chaqueta—. Dale recuerdos a mamá. La llamaré en cuanto llegue.

Se alejó en silencio por la acera repleta de hojas muertas que se extendía hacia la boca del metro. Esperé hasta que lo perdí de vista y le dediqué un saludo con el corazón de mi mano derecha.

Nunca volví a verlo.

Abrí el sobre lacrado una semana más tarde, cuando recuperé todo el sueño perdido y mi cabeza se había librado del recuerdo de aquel café y la sonrisa del caimán. Llovía fuera. El segundero le daba latigazos a las nueve menos cuarto de la mañana.

Me serví un vaso de leche caliente y me senté frente a un televisor apagado, en una habitación triste y vacía. Dentro del sobre había documentos, fotografías, una carta escrita a mano y lo que parecían los planos simplificados de un edificio. Lo reconocí enseguida. Era el famoso bloque de apartamentos que mi abuelo, un destacado arquitecto, había diseñado para una empresa hoy desaparecida. Dejé todo sobre la mesa y cogí la carta, ojeando la pulcra caligrafía con la que estaba escrita. Comencé a leerla en silencio, el sonido de la lluvia sobre el cristal de las ventanas como única banda sonora.

«Querido Carlos, el tiempo da perspectiva a muchas cosas, y yo, a mis casi noventa años, te lo puedo asegurar sin temor a equivocarme. Sé que

pronto no podré escribir y lo que te voy a contar no es algo que me apetezca dictarle a nadie ni grabarlo de viva voz, pero prometo no extenderme demasiado.»

Di un trago a la leche y seguí leyendo. Si la lluvia había cesado, no lo noté. El abuelo Isidro siempre había tenido la capacidad de acaparar toda mi atención cuando hablaba, y en su letra había mucho de aquel don.

«Esto es una confesión. No albergo la esperanza ni de que lo entiendas ni de que me perdones, si es que juzgas tan terribles, como yo lo hago ahora, los acontecimientos que te voy a narrar. Sólo quiero que se sepa lo que realmente ocurrió en el edificio Collins aquel tres de octubre de 2018. La verdadera historia. Esa es mi única petición hacia ti, querido nieto. Sé que después de cómo han acabado las cosas no me creerás con el derecho a pedirte nada, pero cuando hayas leído esta carta quizá entiendas por qué lo hice, por qué tenía que hacerlo. Y quizá también entiendas por qué lo mejor que pudo pasar fue que aquel edificio ardiera hasta los cimientos. Sólo te pido esto: haz que la historia vea la luz, que la gente sepa lo que pasó allí dentro ahora que la voz de las noticias se ha extinguido en su memoria.»

Retiré la mirada del papel y la posé sobre la nada. Recuerdos vagos. Yo tenía apenas ocho años cuando sucedió aquello. Creo que la televisión le dedicó un par de días al suceso, poco más.

«El edificio Collins fue proyectado como un bloque de viviendas para familias desfavorecidas, un mastodonte de hormigón y metal que sería capaz de albergar a casi cuatro mil personas una vez estuviese acabado. Así lo vendieron, así lograron el favor de la opinión pública, de las plataformas contra los desahucios y las asociaciones que reclamaban el derecho a una vivienda digna. Todos estaban encantados con el proyecto, así que solo faltaba alguien capaz de diseñar semejante monstruosidad con la garantía de que iba a sostenerse en pie. Todos los arquitectos consultados rechazaron la oferta. No lo creían posible. Era una locura, un fracaso asegurado. Hasta que, por puro azar, vinieron a verme a mí.»

Sonreí. Antes de que el cáncer apareciera en sus pulmones, jamás le había oído pronunciar la palabra «imposible». Después recordé el charco de sangre sobre el suelo de su habitación en el hospital y los gritos de mi madre cuando lo encontramos. La sonrisa murió en mi cara. Lejos, en otro mundo, el tictac de un reloj. Mis ojos devorando una procesión de palabras.

«Ya me conoces. Cuando me expusieron el proyecto, no me pude negar. Todo eran buenas intenciones: una renta irrisoria, diseñada para gente con unos ingresos a todas luces insuficientes para costear siquiera una alimentación adecuada; facilidades a las familias numerosas con miembros en situación de desempleo; ayudas gubernamentales para aquellos jóvenes que se acogieran a un plan de cursos para fomentar la inserción a la vida laboral... El fin me pareció tan noble, tan lleno de esperanza que no me dejó ver lo que había detrás de todo aquello. Acepté y, aunque no lo supe entonces, sellé mi destino cuando puse mi nombre al final del contrato.»

Dios saltó sobre mi regazo. Dios es mi gato, un siamés muy cariñoso. Dicen que cuando un gato abandona una vivienda es que se aproxima la muerte para alguno de sus habitantes, así que aquel gesto me tranquilizó. Retomé la lectura entre sus ronroneos, acariciándole el lomo.

«Creo que a estas alturas ya sabrás que ese contrato añadió muchos ceros a mi cuenta corriente, pero creo que también imaginas que para mí no era eso lo importante. Sea como fuere, tras firmarlo y empezar a estudiar las propuestas de la empresa a cargo del proyecto me llamaron la atención varias de sus exigencias. La primera fue un acuerdo de confidencialidad acerca de los métodos de construcción, tan estricto que ni siquiera tuve acceso a los albaranes o las facturas de las empresas que nos abastecían. Las contratas fueron designadas por ellos y los nombres de todas las personas que iban a trabajar con nosotros jamás aparecieron en ningún documento. Los reales, al menos. Pero esa fue otra de las cosas que descubrí con el tiempo. Había más, aunque la que más extraña me resultó tenía que ver con uno de los materiales con los que tenían previsto revestir los muros y los tejados. En mis treinta años de oficio jamás había oído hablar de un aislante capaz de mantener la temperatura de un edificio siempre constante, de lograr que el sonido de cada vivienda permaneciese en su interior. Y sin embargo aquella empresa me aseguraba que si seguía los patrones de construcción que me iban a proporcionar y los empleaba sobre mi diseño, aquel bloque no necesitaría de aparatos de aire acondicionado ni calefacción en todo el año. Tan solo una red eléctrica algo más compleja que las utilizadas habitualmente y un mantenimiento del que se encargarían ellos mismos, sin sobrecoste alguno para los futuros habitantes.»

Dios recorrió mi mano con su lengua de lija. Le di un trago al vaso de leche y se lo acerqué al hocico. Empezó a lamerla mientras abría y cerraba sus garras sobre mi pantalón.

«Nunca llegué a saber cómo lo llamaban, ni su verdadera composición, pero lo vi en infinidad de ocasiones. Eran unas planchas de aspecto metálico, con vetas de algún tipo de corrosión formando dibujos zigzagueantes sobre su superficie. A primera vista parecían muy pesadas, debido a su tamaño, pero bastaban un par de hombres para levantarlas. Además, resultó ser muy maleable. Los operarios podían trabajar con él como si fuese un simple papel de pared. En una ocasión, cuando la obra acababa de empezar, me acerqué hasta el almacén donde apilaban las gigantescas bobinas de aquel material y pasé junto a una plancha que estaba suspendida de una viga del techo. Cuando, por pura curiosidad, la golpeé con el puño, no emitió ningún sonido. Repetí el experimento por toda su superficie obteniendo el mismo resultado. Era imposible, pero aquellas láminas parecían engullir el ruido como si fuesen agujeros negros. Imagina mi sorpresa al ver que un material tan parecido a cualquier metal común tenía esa cualidad. Al principio fui muy escéptico. Pero eso cambió cuando los directivos de la empresa constructora me llevaron a visitar la primera vivienda que se terminó de construir. No era un piso piloto, sino una de las que iban a formar parte del edificio, un lugar donde apenas veinte meses más tarde viviría una familia. Hay un plano de esa misma vivienda entre la documentación que te he adjuntado en el sobre.»

Miré la mesa donde había dejado todos los papeles hasta que di con él. Dios ya había terminado con la leche. Saltó al suelo y se alejó con un maullido de complacencia. Estudié el plano sin comprender la mayoría de notas y acotaciones que bordeaban los márgenes. Para mí, era una casa cualquiera. Me acomodé en el sillón y miré el reloj que reposaba sobre la mesa. Me sorprendió comprobar que llevaba casi una hora leyendo y no había terminado el primer folio.

«Cuando entré y un obrero cerró la puerta tras nosotros, sentí un vacío repentino. No sé definirlo de otra forma. Fue como si el aire se hubiese escondido en los enchufes, bajo las molduras de escayola o el interior de los rodapiés. No me costaba respirar, pero el sonido de mis exhalaciones parecía morir en mis labios. Di un par de pasos hacia el salón solo para comprobar que mis zapatos no le arrancaban eco alguno a las baldosas que cubrían el suelo. Notaba la vibración en mi cuerpo al sentir su tacto bajo

mis pies, pero nada más. Me giré hacia los dos hombres que me miraban sonrientes junto a la puerta y les pregunté cómo era posible aquello. Mi voz surgió tan limpia, tan nítida entre los muros... ¿Sabes esa sensación que tienes cuando te escuchas a ti mismo en una grabación? Es lo más parecido que puedo concretar. Y aun así, me es imposible describir con palabras lo que sentí al abrir la boca. Ellos le restaron importancia. Tecnología, nuevos experimentos con materiales ya conocidos. Eso dijeron. Y yo les creí, porque estar allí dentro era la única prueba que necesitaba. Me preguntaron si no notaba nada más. Aparte del silencio que rellenaba los huecos de la conversación, no lo hice. Hasta que uno de los hombres fue hasta una ventana y la abrió. ¿Puedes creer que había olvidado que fuera, tras aquellas paredes, el invierno congelaba las calles? El frío lo llenó todo, y vino acompañado del ruido, de la humedad y su olor, del murmullo de normalidad que nos rodea en el día a día sin que reparamos en él. Hasta ese momento ni siquiera había pensado en la agradable temperatura que reinaba en la vivienda. Me acerqué a la ventana y la cerré de nuevo bajo la atenta mirada del hombre, que no dejaba de sonreír. Al instante, el calor regresó a la estancia y el ruido desapareció. La abrí y cerré un par de veces antes de volverme atónito hacia el otro hombre que esperaba junto a la puerta. Mi querido Carlos... si hubieses visto cómo me miró... Debí resultarle muy divertido, porque su risa –tan nítida y artificial como sonara mi voz minutos antes– se extendió por el aire durante unos segundos eternos. Fue entonces cuando noté que la casa, un espacio vacío de muebles y aún repleto de herramientas de trabajo y polvo, se iluminaba. No como imaginas, por supuesto. Había diez o doce bombillas encendidas en aquel momento, todas colgando de los cables con restos de yeso que asomaban por los agujeros del techo, pero la luz de la que te hablo no surgió de ellas, sino de las paredes.»

Torcí un poco la cabeza y me incliné de nuevo hacia la carta, despegando mi espalda del sillón. Mi abuelo nunca había creído en sucesos extraños, y leer aquello me estaba resultando tan sorprendente como el hecho de su suicidio. Me costaba aceptarlo. Tenía que ser una broma. ¿Seguía lloviendo fuera? Ni idea. En aquella habitación solo estábamos yo y aquella carta. Sus palabras y mis ojos. El fantasma de una mano escribiendo una historia y mi mirada perdida en los suaves movimientos de su pluma.

«Fue un instante, apenas un parpadeo, pero por un momento vi refulgir cada centímetro de aquella casa de un púrpura vivo, palpitante. El suceso murió con la risa del hombre y yo me quedé allí parado, mirando aquellas paredes con la incredulidad de un niño que contemplara el verdadero funcionamiento del universo. Lo veía, pero era incapaz de comprenderlo. Me dijo que esperaban haberme convencido. Estaba tan estupefacto que apenas noté cómo me conducían fuera de la casa. No escuché sus explicaciones, pese a que se afanaron durante varios minutos en ofrecérmelas. Después de aquel día, mi percepción sobre la obra cambió por completo. Pasé de un tibio escepticismo a la más absoluta de las convicciones. El edificio Collins sería no solo una realidad, sino un hito. El comienzo de una nueva era para el noble oficio de la arquitectura... No podía estar más equivocado, y aquí es donde debo empezar a contarte la verdadera naturaleza de aquel proyecto. Si bien era cierto que fue diseñado para albergar a familias desfavorecidas, había una intención oculta en aquella motivación. De cómo descubrí todo esto te hablarán mucho mejor que yo los documentos que te he adjuntado en el sobre, en ellos encontrarás los datos necesarios para creer lo que tengo que contarte ahora, aunque yo mismo dudo a veces de su veracidad. Es este cáncer que devora mis pulmones quien se encarga de recordarme que no es una invención de mi mente, pero aún no comprenderías por qué.»

Podían ser la una, las dos, medianoche. Podía estar en mi casa o en una cabaña cubierta por la nieve en mitad del Himalaya. Podía seguir en la Tierra o vagar entre estrellas fugaces por el espacio infinito. No me importaba. El mundo eran aquellas palabras. Su voz espectral, mi única meta en la vida. Dios se había acurrucado en un rincón junto a su enorme cajón de arena.

«Hubo entrevistas para todas aquellas personas. Un ejército de psicólogos se encargó de valorar caso por caso quién era apto o no para pasar a formar parte del edificio, aunque si tuvieron en cuenta sus problemas no fue para ayudarlos. Lo que realmente buscaban era gente cuya situación la empujase al límite. Personas que caminaran sobre esa delgada línea entre la locura y la normalidad. Padres que no podían dar de comer a sus hijos por culpa del desempleo; madres cuyo estrés estaba a punto de causarles trastornos mentales; niños tímidos y retraídos que lloraban cada noche cuando veían que su cama era la calle y que no tenían nada con lo que arroparse salvo el cielo. Ancianos con tendencias suicidas,

adolescentes que sufrían acoso en sus centros escolares. Todos fueron ubicados en las casi mil quinientas viviendas que poseía el edificio una vez estuvo acabado, tras firmar –luego te hablaré de ella– la estrambótica cláusula 21. Los normales, los más afortunados, fueron rechazados con un apretón de manos y un «lo sentimos mucho» acompañado de un sobre con cien euros por las molestias ocasionadas. Fue curioso cómo no me di cuenta entonces de aquella burda manera de comprar elogios y silencio. Pero funcionó. Nadie protestó o lo creyó injusto. Y los meses comenzaron a pasar, despacio al principio. Luego, todo se precipitó.»

Así me sentía yo. Arrojado al interior de aquella hoja amarillenta. Mi corazón latiendo desde algún otro lugar de la habitación.

«Una de las condiciones que puso la empresa constructora fue que la última de las quince plantas del edificio quedase vacía. Se hicieron las mismas viviendas que en las demás, iguales en cada uno de sus detalles, pero no se adjudicaron a familia alguna. Las sortearon entre los trabajadores de la empresa, aunque, como podrás imaginar, era un sorteo amañado. Aquellas viviendas se convirtieron poco después en un inmenso laboratorio, porque el verdadero fin del edificio Collins, querido nieto, no era otro que servir de recipiente para el mayor experimento sobre fuerzas psíquicas que se hubiese realizado jamás.»

Los latidos redoblaron su ritmo. O quizá fuera la lluvia, qué importaba.

«Todas aquellas familias fueron engañadas. Se les dio un futuro, una esperanza, pero jamás llegaron a ser felices. Imagina a dos mil personas psicológicamente inestables arrastrando sus problemas al interior de un bloque de viviendas, todas concentradas en el mismo lugar. Con eso ya tenían el ambiente necesario, habían creado el caldo de cultivo para sus experimentos. Pero el laboratorio no estaba solo en la última planta, sino que se escondía tras las paredes del edificio en forma de planchas aislantes. ¿Recuerdas mis sensaciones cuando aquella habitación se iluminó, verdad? Estaba emocionado, feliz, y por eso el material reaccionó de la forma en que lo hizo. Magnificó mis sentimientos hasta convertirlos en aquel resplandor púrpura que lo llenó todo por un segundo. Y aunque lo creas imposible, estos siguieron allí hasta el mismo día en que el edificio fue pasto de las llamas. Pero al igual que hacía con los buenos, era capaz de amplificar los malos, de convertirlos en un aura de negatividad invisible que flotaba por todo el complejo sin poder escapar. He revisado una y otra vez los planos de construcción y estoy seguro de que lo único que no

estaba aislado por aquel material eran las puertas de las casas y los pasillos del edificio, de modo que los malos pensamientos, los rencores, las penas y preocupaciones de todas aquellas personas se acumularon durante años entre sus paredes.»

Intenté tragar saliva, pero se me había secado la boca.

«Cada una de aquellas familias firmó un contrato de compraventa bastante normal, benévolo, incluso, para los tiempos que corrían. Salvo por la cláusula 21. En ella se especificaba que si alguna de las personas que vivían en la casa fallecía en su interior, debía permanecer en el edificio un mínimo de doce horas. Y en vista del precio que al final iban a pagar por la vivienda y todas las facilidades que la empresa les había dado para adquirirla, no hubo ni una sola queja ante aquella exigencia. Firmaron y, al igual que yo, sellaron su destino al hacerlo. Durante los cinco años siguientes se sucedieron los suicidios, los asesinatos y toda clase de accidentes y trifulcas entre los vecinos, propiciados por el insano ambiente que sus propios estados de ánimo creaban. La maldad y la tragedia se condensaron en su interior, y como no podían escapar por ninguna parte, ascendieron hasta el último piso, donde un atareado grupo de pseudocientíficos se afanaba en estudiar aquellos sentimientos. Juzgaron que doce horas era tiempo suficiente para que el alma de un ser humano abandonase su cadáver, ¿te das cuenta?»

El sudor comenzó a perlar mi frente. Cogí la segunda hoja y reanudé la lectura bajo la atenta mirada de Dios, que se había acomodado en el sofá y permanecía inmóvil como una estatua. Tic tac, Tic tac. Sentía que el propio tiempo llegaba a su fin.

«Sin saberlo, habían convertido el edificio Collins en una monstruosa casa encantada. Los que aún conservaban su cordura comenzaron a hablar de presencias, de apariciones, de fantasmas cuya única intención era acabar con sus vidas. Esto era lo que de verdad habían estado buscando desde el principio, pero, llegado el momento, no pudieron controlarlo. La mayoría de los que trabajaban en el piso superior acabaron por suicidarse o murieron en extrañas circunstancias. Y aun así, la empresa logró acallar a policía y rumores por igual a base de maletines. Apenas hubo noticias sobre aquello; si dudas de mi historia, puedes investigar: no encontrarás nada salvo un par de esquelas y tres o cuatro intervenciones de la policía por altercados sin importancia. Lo relevante está entre todos los documentos que acompañan a esta carta, y con ellos sí que podrás

comprobar que todo cuanto te digo es cierto. Un año más tarde, en el 2018, la empresa decidió poner fin al proyecto antes de levantar sospechas o quedarse sin dinero para sobornos. El plan B, si prefieres llamarlo así. De eso sí que hay constancia. Hasta tú, que eras apenas un chiquillo cuando sucedió, recordarás la tragedia de la noche del 3 de octubre. El incendio duró cuarenta y ocho horas y el número exacto de personas que se abrasó en su interior nunca llegó a conocerse. Oficialmente, fueron casi mil setecientas, pero yo sé que hubo muchas más. Y cuando el edificio se vino abajo tras dos días siendo devorado por el fuego, por fin todos aquellos malos pensamientos pudieron escapar entre los escombros, aunque no sirvió de nada. Se quedaron anclados allí, porque la forma en que habían sido retenidos durante tantos años había hecho de aquellas ruinas su hogar, un lugar donde el mundo de los vivos y el de los muertos confluía sin ser ni uno ni otro. El tiempo los volvió malvados, vengativos. Y cuando eso pasó, decidieron atormentar a todos aquellos que habían participado en la construcción del edificio Collins. Mi cáncer es real, Carlos, pero no es fruto de mis años de fumador. Son ellos, los muertos. Cada noche, cuando me quedo dormido, se cuelan en mi interior por la garganta y me llenan los pulmones de gritos y lamentos. Los oigo dentro de mí, aullando. Y no puedo aguantarlo más.»

Cogí aire sin darme cuenta. En algún momento había dejado de respirar. Dios agitaba la cola y me miraba con sus pupilas verticales desde el sofá.

«Ahora ya lo sabes. Todavía no sé cómo voy a hacerlo, pero seguro que encuentro el modo. Debo acabar con esto. Quiero limpiar mi conciencia, quiero descansar, y por eso ahora dejo en tus manos esa decisión. Soy un cobarde egoísta, lo sé, pero nadie creería las historias de un viejo a las puertas de la muerte; de haber enviado estos documentos a alguno de los amigos que me quedan en los medios de comunicación, no les habrían dado crédito. No es justo para ti, Carlos, mi querido nieto, pero ¿qué otra esperanza me queda? Solo quiero que se sepa la verdad. Esa de la que yo mismo fui cómplice durante tantos años. Te deseo lo mejor en la vida una vez te liberes de esta carga. Lo deseo de corazón.

Siempre tuyo, tu abuelo Isidro.»

Leí un par de veces aquella despedida. El mundo regresó de repente. Su luz, su sonido. Un maullido lastimero de Dios sobre el sofá. Lo miré por unos segundos y le di la vuelta a la hoja.

Había una frase solitaria.

«Estará bien, no te preocupes. Solo quiero darle una última lección.»

En aquel momento, no supe a quién se refería. Ni siquiera me lo pregunté. No era capaz de pensar en nada.

Una semana más tarde, tras haber tomado la decisión de hacer públicos todos los documentos que el abuelo me había legado y mientras Dios se paseaba por la habitación con su elegancia felina, recibí una llamada de mi hermano. Cogí el teléfono y estuve hablando con él casi una hora. Había abierto su carta y estaba indignado.

Tras colgar, me dejé caer sobre el sillón y, antes de que pudiera evitarlo, me eché a reír hasta que las lágrimas acabaron rodando por mis mejillas. El abuelo y su sentido del humor. Al final resultó que sí le había dejado a Juanjo una suntuosa herencia, igual que a mí, pero el muy cabrón...

Recordé la última frase de su carta y sentí una punzada de compasión.

Solo a él se le habría ocurrido ponerle como condición para obtenerla dormir una noche entre las ruinas del edificio Collins.

Sobre el autor de «Cláusula 21»:

Sergio Moreno nació en Madrid un 20 de noviembre de 1983. Amante del terror en todas sus vertientes, un día se dio cuenta (sin saber muy bien cómo) de que disfrutaba mucho creando sus propias historias. Consciente de sus limitaciones a la hora de plasmarlas sobre el papel, lleva casi seis años tratando de pulir sus defectos de la única manera que cree correcta: escribiendo todos los días. Ha logrado ganar diversos concursos literarios y publicar algunos de sus relatos en antologías como *Visiones 2013*, *Calabacines en el ático: Grand Guignol*, *Cryptonomikón VII*, *Devoradores de almas*, *Calabazas en el trastero: Máscaras* o *Esta noche conectaremos con el infierno*, pero supone que es una sencilla recompensa a su esfuerzo. Lo que de verdad le gusta es esa sensación de saber que está dando vida a sus ideas y, a pesar de que la mayoría de las veces sean muy macabras, no se siente mal por ello. Tiene una mujer y dos hijos preciosos, a los que quiere con locura. Ha publicado un libro de relatos titulado *Susurros de sótano y desván*, de la mano de Scribere Editores. Su primera novela, *Insomnio* ha visto la luz en 2016 publicada por la editorial Nowevolution.

No entres

Por Ricardo Cortés Pape

Tú que atisbas a través de la verja, arropado por el rumor del tráfico, ya escaso a estas horas, de los pasos de algún peatón ocasional, y acaso piensas en empujar la hoja enrejada, pues has visto que el candado está abierto y la cadena se desliza al otro lado entre la hierba como una víbora de plata, escucha: ahí donde tú estás ahora me encontraba yo no hace tanto tiempo. Lo mismo que tú espiaba la casa mientras zumbaba, igual que ahora, la farola más próxima y crujía bajo mis dedos la pintura seca de los barrotes que sujetaba, sin darme cuenta, cada vez más fuerte. Lo mismo que tú percibí voces que me instaban a detenerme, sombras me advirtieron que no debía entrar. Pero, quiero creer que al contrario que tú, yo no hice caso y entré.

La exuberancia del jardín debería haberme disuadido: el abandono no explicaba su crecimiento desmesurado. Los arbustos se arracimaban en la estrecha parcela de tierra, los árboles se elevaban enfrentados; trataban, se diría, de estrangularse. Las bañeras, al menos media docena, arrancadas a otros tantos cuartos de baño, distribuidas a modo de jardineras, desbordaban de flores rojas en un manantial de sangre. El aire que exudaban era espeso, estanco, violento, propicio a las pasiones y los crímenes. Y, sin embargo, continué, me abrí paso entre la vegetación desaforada al tiempo que buscaba en vano el camino que conducía hasta la casa; en el tono más claro de la maleza se podía intuir en algunas partes el antiguo trazado, por lo demás no quedaba de él ni una loseta.

Alta y dentuda, se alzó frente a mí la casa. Sobresaltado por su proximidad, retrocedí y caí de espaldas después de tropezar con una raíz; no una raíz, de hecho, sino el manillar de un triciclo enterrado. Tendido entre plantas rastreras quise levantarme, pero no pude: tallos correosos se arrollaron a mis muñecas.

Me revolví y tiré de ellos.

Y el jardín se llenó de susurros.

—Me duele. Me duele mucho.

Era difícil imaginar lamentos más dulces pero igual me pusieron el pelo de punta. De un tirón, puesto de pie, arranqué la planta que me tenía preso. En la tierra removida afloró el pecho de un niño; el helecho había crecido en la oquedad de su vientre.

De nuevo tropecé, esta vez en el primer escalón del porche detrás de mí. Quedé sentado sobre el peldaño superior.

Me obligué a levantar la vista y, al otro extremo del jardín, divisé la verja, tan reducida por la distancia que parecía imposible. Mientras subía luego la breve escalera de piedra tuve la certeza de que desde dentro de la casa alguien me observaba. Inspeccioné las ventanas: tenían las persianas bajadas. Dudé pero al fin crucé el porche y me enfrenté a la puerta. En las fisuras de la madera, mordiscos del tiempo o acaso del filo de un hacha habían introducido a la fuerza los ojos arrancados a una colección de peluches. En una grieta a la altura de mi barbilla una de las cuentas desapareció mientras la examinaba. Había alguien pues detrás de la puerta; la hendidura debía cruzarla de lado a lado.

Pulsé el timbre, el cajetín se desprendió de la pared. Tomé la aldaba y llamé, flojo primero, después más fuerte.

Nada.

Rodeé la casa por un angosto paso abierto entre el muro vegetal a mi izquierda y una pared de ladrillo con vidrieras altas y estrechas. Iba pendiente del suelo para no volver a tropezar cuando sentí que una mano me tocaba la cabeza y me revolvía el pelo. Alcé la vista a tiempo de ver una forma menuda que doblaba la esquina. Corrí tras ella y, al torcer a mi vez, provoqué un derrumbe de sillas y tumbonas apiladas. El estrépito me hizo pegar tal brinco que estuve a punto de caer en el hueco de la piscina, tapada por una lona en parte hundida.

Eché una ojeada al jardín trasero, que descollaba con ímpetu de selva; distinguí una fuente con la taza rota y una estatua decapitada; se me antojó un leproso perdido en la espesura, cubierto de vendajes deshilachados.

Los árboles crecían demasiado próximos a la casa, unas cuantas ramas habían perforado las ventanas de la primera planta. No sería difícil trepar a alguno, observé, y entrar por ahí.

Tras cruzar la terraza, me arrimé a una puerta cristalera del piso bajo. Más allá del reflejo de mi rostro vislumbré el contorno de un fregadero, muebles de cocina. Entorné los ojos. En el vidrio mi cara frunció la boca y me sacó la lengua. Di un respingo, trastabillé. Volví a pegar la frente al

cristal. El fregadero, la encimera, el suelo de baldosas. Nada. Golpeé con los nudillos y, sin esperar respuesta, traté de forzar la puerta.

Retrocedí mientras valoraba otras posibles vías de acceso. Por fin fui hasta el árbol más cercano y de un salto me encaramé a una rama baja.

—Te esperaba.

Parpadeé varias veces, deprisa, como si de ese modo pudiera habituarme antes a la penumbra. Atento a cualquier otro ruido, tanteé el piso mientras esperaba a que volvieran a hablarme. No fue así.

—¿Quién eres? —aventuré.

—Estoy tan sola... Nadie juega conmigo.

Mis ojos sondearon el vacío frente a mí.

Allí. Una sombra.

Me lancé sobre ella.

Y me vi en el suelo.

—Tú estás jugando conmigo —gemí—. ¿Cómo lo has hecho?

Me froté las rodillas y miré en torno. Una cama, una cómoda emergieron como buques en la niebla. A ella no lograba enfocarla, persistía a su alrededor un núcleo de penumbra, pero a juzgar por su tamaño era poco más que una niña.

Una mano brotó de la sombra.

—Eres muy torpe. Casa.

Tomé su mano y la solté.

—Estás helada.

—Ahora ya no.

Me levanté por mi propio pie.

—¿Cómo te llamas?

—Ya te lo he dicho: Casa.

—¿Eso es un nombre?

—Casa. Casandra es un poco largo, todos me llaman Casa. ¿Por qué has tardado tanto?

—No me has abierto.

—Hace casi un año que te espero.

Me sacudí las ropas.

—Eres rara.

—Ven, te enseñaré mi cuarto.

Se volvió y salió.

No se molestó en abrir la puerta.

—¿No hay modo de encender alguna luz? —pregunté después de golpearle la espinilla contra una maceta.

Casandra me precedía por el pasillo como un retazo de oscuridad.

—Sí, a tu lado, en la pared.

Palpé, accioné un interruptor. El corredor permaneció a oscuras.

—Muy graciosa.

—Oh, se ve que la han quitado.

Su risa resonó en el hueco de la escalera.

Me asomé a él. A través de las vidrieras caía una luz débil y deformada. Abajo, Casandra flotaba sobre los últimos escalones. Vestía de blanco, según pude ver ahora. Por encima de su cabeza su pelo se retorció como una antorcha.

—Espera.

Bajé a la carrera.

—Aquí dormirás tú.

—Eh, un momento —jadeé cuando llegué a la puerta que acababa de atravesar—, no pienso pasar aquí la noche. Esto... ¿en el cuarto de baño?

Un baño, aprecié sin soltar el pomo, que era más grande que mi propia habitación.

—En la bañera.

Desde allí me llegó ahora un gemido.

Avancé, cauto.

—¿Es una broma?

Me detuve. El suelo estaba cubierto de tierra.

Al tiempo que a mi espalda la puerta se cerraba de golpe, una mano en mi nuca me obligó a acercarme. Me aferré al borde de la bañera.

Acostado en ella se encontraba un chico desnudo. Lo reconocí a pesar del rostro vaciado y la gargantilla de larvas.

En mi nuca la presión aflojó. Un grito creció como un rosal en mi garganta.

Escapé.

Hasta el vestíbulo.

—No te irás.

No me fui; un mueble atravesado obstruía la puerta y apenas fui capaz de moverlo. Casandra, con no poca fuerza, lo había enviado de un empujón hasta la entrada. Ahora se encontraba sobre él, un espectro de luz blanca afanado en tirarme todo lo que contenía, esto es, vajilla con aspecto de ser muy cara. Cuando el borde de un plato me rompió la nariz, su enojo se aplacó. Al poco, después de que una fuente se hiciera pedazos en mi cabeza, reía de nuevo. Propuso que jugáramos a algo. Yo no tenía ganas de jugar. Se lo dije. Respondió con otra ráfaga de platos, acompañados de vasos y copas. De acuerdo, asentí con una ceja rota. Jugáramos. Que la sorprendiera, dijo. Reflexioné. No se me ocurrió otra cosa que jugar al escondite. ¿Cuál? Por lo visto había varias maneras de jugarlo. Yo solo conocía una, sin lugar a dudas la más aburrida, según Casandra. Ella sabía de una variante mejor. Me explicó las reglas mientras yo me restañaba el labio, así que no hice mucho caso.

—Empezamos.

Se dio la vuelta y empezó a contar en voz alta, a increíble velocidad. Retrocedí sin dejar de observar el arco incandescente de su espalda. Topé con la pared y me deslicé junto a ella hasta dar con una de las ventanas que daba al porche. La cuenta, ya bastante avanzada, se interrumpió en el momento en que agarré la correa de la persiana.

—No se puede salir.

Tiré de ella al tiempo que reponía:

—¿Y mirar se puede?

Forcé una gran carcajada para disimular el chasquido del pestillo.

—...noventayochonoventaynueveycien.

Casandra, un recorte de luz, vino hacia mí.

Agarrado al marco de la ventana, yo había puesto un pie sobre el alféizar, pero sus manos rodearon mi cuello como un collar de hielo.

—Tú pierdes. —Me dio la vuelta—. ¿A qué sentido renuncias? ¿Vista, oído, olfato, gusto o tacto? —recitó.

—¿Qué mierda es esta?

Mi puño golpeó un rostro impreciso.

—Si no decides, lo haré yo por ti. —Como advertencia un rizo de su pelo me quemó la córnea.

Lo hice, y Casandra cogió mi mano entre las suyas. Al retirarlas, la piel de mis dedos se desprendió como un guante.

Aullé. Ella observó:

–Me aburro. Juguemos a otra cosa.

Tú que, tras vencer el último escrúpulo, has entrado en el jardín y ahora te internas por senderos borrados, escucha: Casandra se cansará de ti como se cansó de mí. Tus juegos la aburrirán; por muchos que te inventes, no serán bastantes. Un día pondrá los pies en tus ingles y se beberá tu calor. No habrá parte de ti que no aproveche. Repintará las tejas, decorará las paredes de su alcoba, como le gusta hacerlo, las manos mojadas en sangre. Con tus huesos reparará las sillas cojas, con el polvo de tus huesos hará masilla con que rellenar los desconchones, y de tu cuerpo vacío, ¡ay!, pero con vida, hará una vasija.

¡No sigas, detente! Es en vano, no escuchas. Alzo la cabeza, te agarro por el tobillo. Caes y te levantas. Continúas, obstinado, imprudente. ¿Es que no me ves? ¿No ves mi rostro de barro? ¿Las adelfas que brotan de mi vientre?

Unas palabras del autor de «No entres»:

Mi nombre es **Ricardo Cortés Pape**. Soy medio alemán, de hecho nací en Alemania (Colonia, 1966), y licenciado en Historia del arte. Vivo en Madrid, frente al Manzanares, con un perro, tres gatos, un loro y un hermoso animal de compañía. Me dedico a la compra-venta de libros de segunda mano; tengo una librería en Internet. He publicado textos breves en prosa y verso en revistas digitales (miNatura y Alfa Eridiani), y en la antología compilada por Santiago Eximeno *Calabacines en el Ático: Grand Guignol* (Saco de huesos). Fui seleccionado por los VerdHugos en *Visiones 2012* (Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror), mi primera publicación en papel, y por Joaquín Revuelta en *Visiones 2014*.